

Sobre “Los convencionales de Rionegro” ⁽¹⁾

L. C., agosto 19 de 1936.

Señor don

JOSE LLOREDA CAMACHO.—Pte.

Muy estimado señor y amigo:

En el interesante escrito suyo que corre publicado en esa Revista acerca de los *Convencionales de Rionegro* hay ciertos puntos, en que me permito disentir, y por lo tanto, me apresuro a anotarlos, bien que a la ligera y superficialmente. Usted perdonará mi atrevimiento.

Da a entender usted que los Convencionales de Rionegro estorbaron al general Mosquera en la realización de sus planes, entre otros en la creación de una especie de Gran Colombia. Esta tesis necesita ser respaldada por documentos de la época. La simple enunciación de ella plantea, no resuelve el problema.

La Convención de Rionegro sí puso vallas al espíritu francamente personalista del Gran General. ¿Fue esto un bien o un mal? Que el vencedor de Cuásput era amigo de la dictadura, no hay para qué dudarlo. Lo que no podemos negar es que esa tendencia era de todo punto inconveniente para Colombia por el precedente funesto que establecía. En las Memorias de Aquileo Parra se hallan minuciosamente explicadas las dificultades con que se hubo de tropezar en ese entonces. La lucha sobrevino, y tenía que suceder así, entre el legalismo y la espada, lucha interesantísima, porque la pelea era de potencia a potencia.

Ignoro la opinión suya a este respecto. Yo creo honradamente que la razón estaba de parte de los Convencionales, al asegurar la estabilidad del orden legal en Colombia, poniéndola a salvo de las dictaduras. Admiro como el que más al general Mosquera, y en las dos visitas que he hecho a Popayán, he visitado detenidamente esos sitios solemnizados por la epopeya y marcados con la garra del león. Me

(1) En nuestro próximo número José Lloreda Camacho dará contestación a esta carta.—N. de la R.

fue dado conocer la morada señorial en donde el grande hombre había erigido el busto de Bolívar al lado del suyo propio. Allí comprendí cómo el 23 de mayo había tenido su antecedente en el 25 de septiembre. El Libertador le señalaba el camino: el gobierno personal satisfacía doblemente su afán de dominio absoluto y lo asemejaba más a su modelo.

No culpemos, por lo tanto, a los Convencionales de Rionegro. Expliquemos más bien los hechos haciendo justicia a cada cual. De los errores de las generaciones anteriores se han servido las posteriores para rectificar lo que les ha parecido erróneo o poco conveniente. Y el hombre de Estado, para valernos de una expresión de Goethe, ha de contar para el logro de sus fines con una grande herencia; la del general Mosquera fueron los errores del gobierno de Ospina; la de Murillo Toro los del general Mosquera; la de Núñez los de la Constitución de Rionegro.

“Escala vacilante do pasamos
De un error a otro error”.

Como dijo el célebre estadista cartagenero, curiosa mezcla de Maquiavelo, Montaigne y Gladstone.

Y a propósito del célebre político inglés, me sorprende mucho que usted llame *teorías desapaciblemente hipócritas* a las preconizadas por William Gladstone. Le recomiendo que lea la biografía que acerca de él escribió John Morley, y de seguro habrá de rectificar sus apreciaciones.

La tesis de Daudet sobre el *tonus* político y el *tonus* literario es bastante discutible. La obra de arte puede ser admirada con absoluta independencia del medio y del momento en que se escribió. De lo contrario, la *Divina Comedia* sería detestable por corresponder a una época de completa disgregación política. Las poesías de André Chenier, execrables por haber sido escritas algunas de ellas en plena Revolución. La tetría de Daudet, escritor de poca buena fe y en todo apasionadísimo, está gastada ya y mandada a recoger. En esto sigue a Taine, y por lo tanto, nada tiene de original.

Usted considera *desgraciados*, tres momentos, en la vida Colombia y cuyo recuerdo lo avergüenza: *La patria boba*, el *Mosaico* y el *Centenario*. ¿Desgraciados por qué? ¿Qué efectos maléficos tuvieron en el desarrollo de la nación? En todo esto es muy peligroso dejarse guiar por la

imaginación y todavía lo es más el hacer afirmaciones al aire.

Dice usted que Bogotá ha sido una ciudad *mojigata*. ¿Qué entiende usted por *mojigata*? La civilidad que usted critica ha sido consecuencia de su innata cultura y de su tendencia hospitalaria. El espíritu chocolatero a que usted alude desdeñosamente, sí templó el heroísmo para heroicas empresas. Dudo mucho que el espíritu del té o del bridge produzca análogos resultados. Un bogotano *chocolatero* abcfeteó a Llorente el 20 de julio. Bogotanos y chocolateros fueron muchos de los compañeros del *chocolatero* Nariño, como también los que desempeñaron papel tan importante en la campaña de Venezuela.

Me parece que algo distinto del *chistecito* y el *chisme*, aconteció en 1816 cuando Morillo levantó el cadalso en las plazas de la capital. Aquellos hombres que se reunían para *contarse sus cuitas domésticas* y hablar de *repostería*, derramaban su sangre generosa por la libertad de la patria. Esos eran también espíritus *chocolateros*, sin duda alguna.

Esto del chocolate no ha sido monopolio de Bogotá, porque en Cartagena, Popayán y Cali también lo servían. Y cuentan que en esta última ciudad era magnífico y de mejor calidad y sabor, a causa de la excelencia de los cacaotales que en sus vecindades abundaban y abundan. Yo mismo he tenido ocasión de comprobarlo, en mis ya numerosas escapatorias a ese valle incomparable, donde me ha sido dado saborear el delicioso néctar

“Que en espumante jícara rebosa”,
acompañado, eso sí, del provocativo *manjar blanco* y del clásico *pandebono*.

Perdone usted esta disgresión, nacida de mi afición a la *repostería*, como bogotano que soy. Me prometo sí, no referirle mis cuitas domésticas, para no fastidiarlo más de lo debido. *Et nunc ad institutum recurro*, como diría Erasmo. Añade usted que “*para mayor complicación Bogotá ha dirigido al país*”. Quisiera saber en qué consiste esa *complicación*...

Sin más, ni más, y basado en las analogías advertidas por usted entre los hombres de Rionegro y *El Mosaico*, arremete furiosamente contra el Romanticismo, y, como usted no hace salvedades ni distinguos, su condena recae por igual sobre Goethe, Schiller, Byron, Chateaubriand, Manzoni, etc. Tenga usted cuidado, mi querido amigo. El Romanti-

cismo, que es algo más que el sentimentalismo, no puede ser tratado superficialmente, y con el menosprecio que usted emplea, al hablar de una evolución tan trascendental en la historia de la literatura: “Desafortunadamente para Colombia atravesó el Atlántico y llegó hasta aquí”. Y tenía que llegar, porque era físicamente imposible cerrar nuestras fronteras al empuje avasallador de una tendencia que abría perspectivas encantadas al espíritu. Rapidísima fue, en verdad, la asimilación romántica en Colombia, porque entre nosotros no hubo propiamente época clásica y por lo tanto no hubo resistencia.

“En ese clima espiritual de chocolate y Víctor Hugo se educaron los Constituyentes rionegreros, y allí se escribió la *María, prima hermana de la Constitución del 63*”. Qué tiene que ver Víctor Hugo con el chocolate. Qué el inmortal francés, uno de los mayores poetas que el mundo ha producido, con el manoseado chocolate. Antes que a Víctor Hugo se leyó aquí a Chateaubriand, y su influencia es patente en la “*María*”, una de las obras maestras de la literatura hispanoamericana.

En Bogotá se leyó y se admiró la “*María*” porque nuestro espíritu acogedor no ha sido exclusivista y nunca hemos poseído estrechez de miras, que no reputa por bueno sino lo que se realiza en el reducido ambiente de una aldea.

Además, la tendencia apellidada con el nombre del *Mosaico* no es en todo vituperable. De allí salieron la *Historia de la Literatura* de Vergara y Vergara, la *Manuela* de Eugenio Díaz, las inimitables descripciones campesinas de Marroquín, donde palpita la melancolía de nuestra Sabana.

Tómome mucho, que andando el tiempo y cuando se trate de caracterizar la época que estamos viviendo, se hable de la generación de los *inefables glaxos*, del té y de Carlos Marx, con el mismo elegante desdén que usted ha empleado al hablar del *Mosaico*, de Víctor Hugo y del chocolate. Quizá para ese entonces alguna alma compasiva y semiquijotesca, se tome el trabajo de justificarnos ante nuestros descendientes recordándoles lo mucho que por ellos tal vez hicimos.

Pido a usted mil perdones por haberlo molestado con esta carta, nacida de la estimación que le profesa su afectísimo amigo,

JUAN MANUEL ARRUBLA.